

AL BIEN POR LA BELLEZA.

1. Tras la poesía humana de la vida.

Siempre me pareció inhumana la tirantez de arista de una “poesía pura”, rígida, que prescindía del hombre en la realización artística. Es que pensaba -y pienso- que no puede darse el sentido de la inspiración fuera de nosotros mismos. Que, cuando miramos a nuestro alrededor en busca del fondo poético de algunos versos, recogemos la mirada después al interior y pasamos aquel objeto de inspiración por el filtro de nuestro ser. Queramos o no, dejamos en todo motivo de inspiración el sello de nuestra personalidad.

El ambiente literario, y en concreto, poético, de nuestro siglo, sólo pudo mantenerse durante algunos años en aquella atmósfera enrarecida de deshumanización. Porque la poesía tiene una relación tan íntima con el hombre que no puede desprenderse de él, independizarse. Es más: poesía y hombre tienen un mismo centro de emersión, hasta llegar a ser la verdadera inspiración poética nada más que un reflejo vital del interior de nuestro ser. Poesía humana, única y verdadera poesía, eterna como él, ilimitada en los campos vastísimos del alma y de la vida.

A medida que avanzan los tiempos, va el hombre reconociendo cada vez más ese valor eterno que lleva en sí mismo. Desde aquellos días, Iniciales en todos conceptos, del Renacimiento cada vez concentra más en su ser todo el dinamismo de su vitalidad. Valoración auténtica del subjetivismo que lleva al hombre a pensar sobre sí, a poetizar sobre si mismo. Todo movimiento contradictorio, surgido en este avance de concreción humana, ha caído rápidamente por su propio peso. Y por lo mismo, todo valor que ha querido emerger fuera de los linderos humanos de la poesía o del arte, también ha desaparecido repentinamente. El verdadero sentido de vitalidad poética se encuentra encerrado dentro del hombre mismo; es algo muy íntimo, tan nuestro como el ser.

Aires de vitalidad incontenible me ha traído el libro de José Luis Tejada, “Silencio herido”. Un ambiente de altísima poesía humana, que en algunas páginas alcanza atmósferas en un grado sumo de emotividad lírica. Porque esto es José Luis Tejada: un lírico íntimo. Incontenible, que trabaja sus versos con fibras de su interior. “Silencio herido” no es más que el desentrañamiento de una vida, la emoción de una vida, la emoción humana de un alma elevada en la incandescencia artística.

Una primera confesión sincera, en el mismo dintel del libro, nos habla ya de un hondo subjetivismo:

*Que son mis versos vida de mi vida
y mis estrofas alma de mi alma.*

Alma y vida de un poeta, que es lo mismo que decir, arte en llamas de emoción lírica.

No es difícil distinguir dos épocas, marcadamente distanciadas, en la poesía de José Luis Tejada. Dos épocas unidas siempre por el mismo soplo vital, pero Indiferentes en los matices que presenta el alma del poeta. Una primera de juventud,

brote sencillo de los primeros problemas Interiores, y otra segunda más íntima, en que ya el subjetivismo absorbe al poeta, sin dejar sitio a exterioridades aisladas en el pensamiento. O de otra manera, una primera lírica más popular que deja entrever atisbos de una poesía más humana -si cabe- que vendrá después.

*Señor, ¿y aquella paz que yo tenía
cuando iba blancamente de tu mano?
¿Y aquella gloria entera de verano,
aquella plenitud de luz del día?*

Primeras añoranzas en que el alma, “como un tordillo enfermo”, vuelve su vista atrás y comienza a sentir el peso de la vida, pero esto “con tu nombre en el pico todavía”.

Hay momentos de un olvido sereno, sedante, en que el poeta se traslada a otro mundo, como que se alivia de este paso ya en ciernes, y afloran aquellos versos juveniles del “Nino del Marinero”, y “El diávolo”, etc. Pero es innegable que estos “poemas chicos” encubren algo más íntimo, más propio del alma. Hay un problema vital que se cierne sobre toda la poesía de José Luis Tejada hasta llegar a penetrarla profundamente.

El poeta de las “coplas humanas” se ha mirado a sí mismo y ha empezado a sentir, o mejor, ha sentido ya de un modo menos inmenso toda la inquietud temblorosa de la vida. Ese estremecimiento espiritual que produce el dolor vivido en lo más íntimo de su fibra humana, se hace más denso en las “Fábulas espirituales”, sólo un paso antes de la nube cargada. Es ya la rosa seca la que se va nutriendo de esa primera savia del propio dolor:

*y a fuerza de llorar tanto
me iba nutriendo de vida ...
Vedla en el rosal erguida
hija y madre de su llanto.*

2. Con el dolor del tiempo.

A aquella corriente de aires deshumanizados, que notábamos en la poesía pura, tuvo que seguir una reacción brusca, abiertamente opuesta, que tuviese al hombre como centro vivo de emersión. Creo que no puede negarse que el “Existencialismo” encarna este ambiente de vivificación. La poesía en la época actual va muy unida, como en parejas, con la filosofía actual, vive pujante entre los versos de nuestra poesía.

Rompe el existencialismo con todo intelectualismo abstracto, para centrarse en el examen detallado e íntimo del ser humano concreto. Son innegables los lazos que relacionan a esta filosofía con la vitalista. Sin embargo, di un paso más. No se trata ya sólo de percibir la vida como realidad suma, de vivirla íntimamente. Hay que centrar todo el interés vital en lo existencial como tal; en el hombre como ser existente, aislado en el lago independiente de su entidad. Se ha fijado en ese continuo progreso del vitalismo y ha centrado toda la esencia del ser existente en un ininterrumpido devenir, un agitado avanzar hasta interpretar el ser como tiempo. El ser es tiempo, es continuo pasar, continuo venir a ser, continuo ir a no ser.

Surge Inmediatamente: el tremendo problema de la vida que ocasiona el tiempo: como el momento es algo impalpable, sin figura definida, venimos a una nada inconsistente; en esta nada nos desenvolvemos y avanzamos hacia la nada en unos pasos oprimentes e ineludibles. El hombre tiene que resignarse a descubrir en la nada su sentido supremo y abrazarse a ella con macabra desesperación. De aquí el dolor, la angustia deprimente.

Julio Garcés, uno de los poetas que sintió ya ese peso inquietante del problema de la vida, decía en unos versos duros, tremendamente estremecedores:

*Alma, sombra perdida,
¿dónde podré encontrarte,
dulce sombra vacía?
Ni sueño ya, ni velo,
ni estoy muerto ni vivo:
sólo se que no soy;
que acaso ya no existo.*

Un dolor y una angustia integran esta filosofía de lo existencial, y a su vez, esta literatura.

Un dolor que tiene sus raíces en las entrañas mismas de la vida, y que jadea angustiosamente ya en los umbrales mismos de la desesperación. De un dolor serenamente humano, producido ante el choque de la realidad existente de nuestra nada. Emerge la visión trágica de un Edipo, de un Hamlet, de un D. Quijote. Es el dolor que obliga a exclamar a Leopoldo Panero en un arrebato profundamente humano:

Lo mejor de mi vida es el dolor. Tú hiciste de la nada el silencio, y el camino, del beso, y la espuma en el agua, junto a la tierra triste y en la nieve dejaste el volumen y él peso.

Pero también podemos penetrar por la senda de nuestra vida y, después de andar mucho, de sentir todo el peso de la noche exhausta de estrellas, sentirnos íntimamente heridos, hasta lanzar un grito estridente de angustia desconfiada. Y en medio de este dolor y de esta angustia levantar la vista hacia arriba y taladrar la noche con la barrena esperanzada de nuestros ojos, o mirar más bien hacia abajo y perdernos allí entre la nada triste de nuestra tiniebla humana.

“Silencio herido” me ha traído este ambiente inequívoco de un dolor existencialista, vivido en toda la complejidad que le presta la vida. Ya adivinábamos en aquella primera época de juventud los primeros vislumbres de este problema hondo del dolor. En “La puerta se abrirá sola” tienen ya estos vislumbres un umbral definido:

*Señor.,. ¿Y yo soy yo? ¿Tengo en mí mismo
la llave de una alcoba que no he visto?
¿Sueño? ¿Medito? ¿lloro? ¿Quiero? ¿Existo?
¿O soy parte abismada de tu abismo ...?*

Las agujas inquietantes de las interrogaciones repetidas, nos hacen ya presentir todo el peso que va a tener para el poeta el problema de la vida, ese dolor y esa angustia

que es lo más humano del hombre, según el existencialismo.

Ha dicho un autor que lo más excelso de la lírica ha sido engendrado en el instante supremo del dolor. Y José Luis Tejada, que es un poeta tan humano, al sentir sobre su espalda ese fardo del dolor del tiempo, ha cantado su poema íntimamente lírico, hecho a retazos de su propia vida:

*Tiemblo
cuando pienso
en lo que “no es” el Tiempo...
Que el momento no existe, prisionero
entre el Ante y el Luego ...
Que cuando digo: “ahora”, estoy mintiendo
porque ese “!ahora” ya se ha muerto ...
Que un día dejaremos todo esto
sin llevarnos siquiera ni el recuerdo.*

Ya está el problema francamente planteado. Sólo nos queda asistir gradualmente a su agudización. Porque la realidad tremenda del tiempo para el poeta existencialista sigue su trayectoria definida. Llega el momento en que el hombre se mira de nuevo a sí mismo y ese ambiente enigmático de oscuridad que encuentra por fuera, lo ve también reflejado en los repliegues íntimos que no saben darle respuesta:

*O ¿es que el Tiempo no es mas que un espejuelo
con el que Dios nos pinta auroras falsas
para empujarnos a seguir viviendo... ?*

Lucha viva que se entabla en lo interior del alma del poeta, que es un enigma y una interrogación hispida. Porque:

*Tenemos este modo de no ser casi siendo.
Eternamente fugitivos.
Fugitivamente eternos...
Tenemos la constancia del cambiar... somos ríos
futuramente, secos;
recientemente, no nacidos.
Hoy solamente, llenos.*

Pero, poeta, canta ya tu “Salmo de esperanza” que hay luces nuevas que pugnan por romper la tiniebla. Y es que es el mismo dolor el que produce la paz luminosa del alma cuando empieza a adivinarse la esperanza. Ya os lo dijo otro poeta también, Gerardo Diego:

*Habrá un silencio verde
todo hecho de guitarras destrenzadas.*

Ha sido menester que el dolor destrence... las cuerdas más íntimas del alma, para que se palpe un silencio esperanzador. Y José Luis Tejada calca la misma idea en sus versos, profundos y cincelados del “Salmo de esperanza”:

*No duele el tiempo ya, cuando se tiene
un ancho cáliz de esmeralda
donde escanciar el zumo de la vida.*

Y desde aquí empezamos ya a subir esa vereda empinada hacia la luz. Porque ante el problema del dolor existencialista del tiempo hay dos soluciones: o la atea y nauseabunda de Sartre, que tiene halos inequívocos de paganismo, o la que se ha llamado “existencialismo cristiano” de Gabriel Marcel, que en medio del agobio del tiempo doloroso, levanta el alma a Dios como única esperanza real en lontananza. Esta es la conjunción maravillosa de la duda y la esperanza, que en el poema “Reloj” cincela nuestro poeta:

*Pasar el Lago Grande, con la brújula,
ya estéril, de mi duda. -
y que un arcángel blanco me libere
de este “quizás” del Tiempo
con el beso certísimo,
en mi frente,
de Dios ...*

“Con el beso certísimo, en mi frente, de Dios” Ya el poeta no lo duda, Siente sobre su frente el peso leve de los labios de Dios que le dan voces de esperanza para apagar los gritos de angustia y de dolor que le causaba el Tiempo. Y por último, una nueva afirmación, serena y luminosa, que enciende la fe en Dios:

*Mas si me entro en tu cenit de amor, estoy seguro
que tendré luz total. Señor. Que seré lumbre
yo mismo ...*

Y llegamos al pórtico que ha abierto la esperanza en ese pozo humano del alma.

3. Al Bien por los peldaños del dolor.

El tono lírico ha ido elevándose a medida que avanzábamos por los poemas de «Silencio herido». Hemos llegado a una cumbre con rumores profundos de espiritualidad, en que el verso no es ya más que una mansa corriente por donde se vierte de lleno el alma. “Versos desde dentro”, llama el poeta, a esta última parte de su libro. Y verdaderamente ya no hay nota exterior que pueda disonar algo en esta sinfonía que sólo el alma sabe tocar.

José Luis Tejada ha buceado en las tinieblas de su angustia, hasta desembocar en Dios, ese silencio entero de playa, como en sus versos:

Es como una gran playa, Señor, este silencio

Es un silencio íntimo; un remanso para el alma romera que ha encontrado en su dolor el mismo camino para el Bien. Otro poeta joven, José María Valverde, canta también su “Salmo de las rosas”, que le traen esos aires cargados de luminoso aroma en

medio de dolor:

*¡Oh rosas, fieles rosas de mi jardín en Mayo!
ya venís como siempre a reposar mi angustia
con vuestro testimonio de que Dios no me olvida.
Voy contando mis años por recelo de rosas.
De rosas repetidas de eternidad de rosas,
que me animan, diciéndome que el Señor sigue en pie.*

José Luis Tejada canta también a Dios su salmo de “Retorno”, entre rumores ciertos de vuelta:

*Vestida traigo el alma de romera
porque vuelvo a tu vera ...*

Ya se ha encontrado a Dios. Se han descrito unos párpados cargados de lágrimas y de angustia -lágrimas que brotaban del seno de la nada- y el poeta ha visto a Dios en su mismo dolor.

*... que no hay dolor de amor que no te encuentre
detrás de su corteza.
No se nos caiga el corazón sin verte.*

El poeta ha resucitado de su nada y está frente a frente de Dios. Unas manos que dibujan dos ansias en el viento para sentirlo más de cerca. Un correr jadeante hacia esa luz que rompe la espesura incolora de nuestra oscuridad. Pero ahora, cuando ya ha dado el salto gigantesco del abismo dolorido de su angustia hacia la nueva aurora de Dios, tropieza en el camino con los guijarros de la propia naturaleza que se le interponen. Entonces un nuevo grito, esta vez suplicante.

*¿No vengo, de un vacío sin colores
a un Absoluto, como mis hermanos?
¿No sufro y gozo el Tiempo como ellos?*

Y al final del mismo poema, una mirada que canta hacia la Madre, portadora de nieve florecida:

*Tú, María, columpio del Altísimo;
embajada del Iris en mi niebla;
cuna viva de sangre y pezón tibio;
tú que lo muestras en tus palmas místicas ...
Déjame tener, Señora, un punto
entre estos brazos horros de ternuras.
Sobre este corazón su fauce abierta
por si al fin me lo arranca y me lo toma.*

En esta gradación ascendente, que venimos notando en la lírica de José Luis Tejada, hay una cumbre con especiales destellos de profundidad humana, unidos también a una sonoridad rítmica y belleza de imágenes inapreciables. Es el “intermezzo de Purificación”, cuando el alma, todavía romera, no acaba de atinar

con el umbral iluminado que le conduce a Dios:

*Da no sé qué pensar que estás
detrás de todo este dolor.
Se van lloviznas sin llorar
y vienen nubes con resol.
Tengo sellado ya el portal
y aún no entra la Luz por el balcón.
Si ya no está ni el Bien ni el Mal...
¿Qué tengo ya en el corazón?*

No importa. No es necesario encontrar a Dios fuera del mal. Le basta saber que está encarnado en el dolor sereno que le agujijonea. Después de mirar por todos lados con ansias de camino en los ojos y en el corazón, acaba con el trazo magnífico de resignación íntima incomparable:

*¿Quién dijo soledad? Dolor, amigo:
yo sé que eternamente vas conmigo
hablándome de Dios a tu manera.*

Esta es la redención del alma existencialista que ha adivinado en el mismo dolor y en la misma angustia que la carcomían un despuntar de aurora cargado de esperanza: también en el dolor está Dios y es El la rama verde de oliva que nos habla de una mañana, al borde de este día incierto en que vivimos.

José Luis Tejada ha recorrido este camino cantando con su alma dolorida en un tono elevadísimo de poesía humana. Con sus dedos de artista maneja la lírica a su gusto, hasta impregnar sus versos del verdadero sentido humano de la poesía. Porque, repetimos, un dolor y una angustia integran esta filosofía y esta literatura y ello, precisamente, es según la mentalidad existencial lo más humano de la vida.

Aquel grito primero, casi desesperado, ante la realidad tremenda del tiempo, ha ido amansándose poco a poco hasta terminar en aquellos versos sedantes de las “Siete décimas para rezar”, súplica y plegarias en el mismo dintel de Dios. Porque, si fue una sed de fuego la que ardía en sus labios cuando entreveía a Dios en el “Salmo de esperanza”, ahora es una hoguera viva la que crepita en estas décimas, encendida en la incandescencia artística. Son la palabra última del “alma vestida de romera” que, todavía con el polvo del camino en las sandalias, canta y reza al mismo tiempo:

*Pódame esta libertad
que está aflorando sin poda
e iré contigo a la boda,
sin cuerpo, de tu Verdad*

Sólo busca ya esto, y la lírica condensa en filigrana versos tan depurados como los anteriores.

Poeta, Dios no se oscurece cuando se vive en ansias. Tu último poema, “Más”. Indica ya un anhelo que deja un eco de poesía por el aire. Más, más

adelante, que allí, junto a la vera del camino, está esperando Dios vestido de dolor también. Mi última palabra, tu último deseo:

*Clávame al dolor, que así
no me iré más de tu abrigo.
Que quiero morir contigo
ya que no vivo por Ti*

Fernando García Gutiérrez S.J.